

## La isla de los juguetes rotos

Los días en la isla transcurrían plácidamente, sin sobresaltos, hasta aquella mañana fatídica en la que Teresa descubrió un punto negro en el horizonte marino, luego otro y otro más y el molesto escozor de un negro presagio recorrió todo su cuerpo.

Teo, el incombustible *hippy* londinense, escudriñaba el horizonte desde la insegura atalaya de una higuera herida por el azote del viento marino. El aire desenredaba las gavillas de sucios cabellos que tapaban casi por completo la cara quemada, angulosa, del hombre. Con su castellano de las praderas lanzó una pregunta que no sorprendió a ninguno de los presentes:

"Esos tipos, ¿quién coño ser?"

Teresa respondió con las palabras justas, ni más ni menos, y todos sintieron en su alma la punzante amargura de los sueños terminados, de las esperanzas malogradas cuando apenas habían empezado a germinar:

"Son el mundo real".

No había pasado demasiado tiempo desde la última vez que Teresa sintió esa profunda desazón interior. Fue durante los días del vergonzoso retiro en su pueblo natal, una preciosa villa en la costa del Cantábrico. En contraste con su anterior visita a la localidad, con desfile en *Cadillac* por la calle Mayor, bajo una lluvia de serpentinas y papeles coloreados, sintiendo el contacto de miles de manos ansiosas de palpar el éxito, pisando las mullidas alfombras que conducían a la mesa de gala presidida por la sonrisa nacarada del alcalde, la última y definitiva (porque fue para quedarse) llegada ocurrió de noche, bajo un contumaz aguacero y en un Seat Panda prestado.

Pocos días después el periódico local publicaba, en un discreto rincón de la página menos leída, un breve anuncio: "La cantante retirada Teresa López regresa definitivamente a su tierra natal". Al leer esto, Teresa no pasó por alto varios detalles que revelaban su crédito actual entre sus vecinos: en primer lugar, calificarla como "cantante retirada", un eufemismo claro para no mencionar lo que todos pensaban:

"Cantante fracasada", gritó la mujer en la soledad de la pequeña sala del piso heredado de sus padres. Unas lágrimas nublaron su visión, lo que agradeció porque apenas tenía ganas de ver nada.

Se arrodilló en el suelo, cabeza gacha, puños cerrados sobre las piernas. Necesitaba un desahogo pero no tenía a su alcance un hombro sobre el que llorar, ni una boca que le susurrara algunas cálidas palabras de esperanza, por eso, en un alarde de masoquismo, buscó huir de su angustia ahondando en la causa de su dolor. Volvió a coger el periódico y siguió leyendo: "La cantante retirada Teresa López...". Teresa López; Teresa la del conserje; Teresita. No era, nunca más sería *Tessa*, la picante sonrisa bajo un cabello de oro puro, la presa predilecta de los mejores fotógrafos, la amante que se rifaban los hombres más poderosos del país. Tomó aliento y terminó la sentencia: "...regresa definitivamente a su tierra natal". Definitivamente, es decir, para morir, porque lo mismo le daba morir que continuar una existencia mísera.

Sus vecinos, tanto los de siempre como los nuevos, la recibieron con cortés indiferencia. Ni fu ni fa. Ahí está, como el castillo, la calle Mayor, la iglesia, el puerto, las playas, la ría, el afilador que regresa cada primavera y los pobres que se refugian en los soportales todos los inviernos. Los primeros meses el propio ayuntamiento y algunos - contados - admiradores de verdad, verdaderos "camisas viejas" de la canción que mantenían su credo contra los estridentes vientos de las nuevas músicas, intentaron reavivar algo las frías cenizas que restaban de la otrora prestigiosa carrera de Teresa, ó mejor dicho, *Tessa*. Así, la casa de la cultura proyectó varias películas protagonizadas por la susodicha, precedidas de un coloquio al que siempre asistían los tres nostálgicos de turno. Aquel cine en *technicolor* con veraneos eternos, galanes con jerseys de pico y recatadas muchachas en *Vespa* había pasado muy, muy, de moda, afortunadamente. Teresa se creía un convidado de piedra presidiendo una sala prácticamente desierta (¡en diciembre!); por eso declinó participar en las restantes proyecciones del ciclo, decisión que no tuvo excesiva trascendencia porque el ciclo feneció por sí mismo, de pura inanición. El consistorio, en el que debían abundar los admiradores no confesos de *Tessa*, le ofreció presidir el jurado del concurso "la canción del verano" que alcanzaba a la postre su undécima edición entre los parabienes del público y las autoridades locales, comarcales y provinciales. Sin embargo, tampoco encontró allí su sitio: los miembros del jurado (jóvenes cantantes, compositores, locutores de radio) la miraban y trataban como una presidenta

honorífica que tenía bien poco que rascar en el certamen; los escasos concursantes a los que había osado aconsejar durante la selección previa recibieron el sermón de Teresa con el mismo entusiasmo de quien encuentra un duro de cartón en la faltriquera. Decepcionada, desanimada, renunció a toda publicidad y se recluyó en las cuatro ajadas paredes del piso familiar, atestadas de fotos y recuerdos de los abuelos pescadores y alguna estampa olvidada de la boda de sus padres, de cuando las novias humildes aún desposaban vestidas de negro.

De esta forma la rutina de cada día se convirtió en costumbre, en monotonía, quizá en martirio: despertar tarde, a las diez y media ó las once; ir a la panadería y al supermercado evitando las aglomeraciones de amas de casa; regresar al hogar sin reparar en los comentarios de rigor ("mira, nena, *pa* que se te quite la tontería de ser cantante", "tuvo todo lo que quiso, y más... ¡Y cómo acabó!", "¡si el pobre Ramiro levantara la cabeza!"), atravesar el portal y subir la escalera evitando el interrogatorio de la viuda del entresuelo y las repugnantes insinuaciones del solterón del ático; entrar a la casa, arrojar las bolsas sobre el tresillo, caer a plomo en la butaca roja donde el abuelo leía el "ABC", reposar con la mirada vacía, perdida en algún punto entre el papel coloreado y la escayola del techo... Algunas veces, pocas, tendría que volver a salir a la farmacia para comprar las pastillas de los nervios...

Una tarde lluviosa de mayo, mientras alguna novia maldecía ante el altar la inestabilidad atmosférica y los estudiantes de secundaria marcaban en el calendario los fatídicos exámenes, el timbre de la calle sonó insistentemente. Teresa, acostumbrada a mandar a la mierda a los chiquillos que se divertían perturbando su silencio, abandonó sobre la mesa de la cocina un vaso repleto de pastillas de colores y bajó decidida a abrir el portal. Para su sorpresa, no apareció ningún niño revoltoso, sino un señor como de unos cincuenta años, de rostro delgado enmarcado por unas guedejas de pelo grasiento, calzado con unas sandalias putrefactas y vestido con harapos de un color indescriptible. Oía mal. Teresa tuvo la tentación de cerrarle la puerta en las narices, pero optó por mantener un mínimo de cortesía:

"Si Ud. viene a pedir limosna, me temo que ha elegido el sitio menos indicado, mi economía no está muy boyante que digamos y además no me apetece charlar con desconocidos, así que, si me permite..." El hombre detuvo el movimiento de la puerta con la mano. La mujer sintió un escalofrío de terror, intuyendo que las intenciones del hombre no podían ser buenas: "Ahora sólo falta que me viole un piojoso a los cincuenta años". Sin embargo, el hombre soltó la puerta y permaneció en la calle, haciendo gestos con la mano para calmar a Teresa, mientras comenzaba a hablar en un castellano precario:

"Tú no conocerme a mí, pero tú sí conocida por mí. Yo llamarme Teo, yo inglés, yo bueno, yo creer en amor universal y en no hacer daño a nadie y..."

"¡Bueno, bueno, bueno! Pero, ¿por qué has venido a verme? ¿No ves que no tengo ganas de cháchara con nadie? Estaba ocupándome de mis cosas y... ¡Zas! ¡Llega el melenudo a hacerme una visita!"

"No visita. Yo tengo lugar mejor para ti, con personas solas, desgraciadas, desesperadas. Sociedad no querer, sociedad hacer daño. Ellos allí estar bien, seguros, solos, nadie molestar, nadie lastimar. Todos felices, a su manera. Yo quiero que vengas conmigo, venir playa de la Paloma, doce noche. No arrepentirte, ser mejor que la muerte."

Aún persistía el penetrante olor de Teo cuando Teresa despertó del embobamiento causado por las palabras de aquél. Cerró el portal, regresó al piso y con frenética decisión agarró el vaso de las pastillas, pero finalmente no llegó a catarlas.

A las doce en punto se encontró con Teo en la playa, antaño escenario de olvidadas excursiones y meriendas. Él la convidó a beber de una cantimplora; el licor, o lo que fuese, tenía un sabor reconfortante y dulzón. Después el inglés se desnudó e invitó a Teresa a imitarlo; ella dudó por un instante, pensando que no le apetecía hacer el amor con un tipo tan guarro, pero poco después se metió desnuda en el mar y al notar el frío tacto del agua en sus carnes, volvió a sentirse la *Tessa* de antaño.

Tras varias brazadas alcanzaron una balsa de troncos y se tendieron, exhaustos, sobre ella. A Teresa ya no le repugnaba el aroma de Teo, sino que, al contrario, le olía a macho, por eso no se resistió a probar la piel purificada por la sal y se dejó hacer el amor por el vagabundo. De mañana alcanzaron una isla extraña, desconcertante, poblada únicamente por gentes cuya vida no había sido más que una constante y agotadora huida. Moraban allí artistas sin talento, opositores fracasados, divorciados expoliados por sus antiguos cónyuges, rebeldes inadaptados, eternos niños con cuerpo adulto, maridos ó esposas desaparecidos mientras iban a comprar tabaco, individuos sin profesión conocida, niños mimados sin recursos para sobrevivir, melancólicos perpetuos, locos desahuciados y algún tonto de remate. Formaban una república inviable cuya única norma era "olvidarlo todo y que todos te olviden", lejos de la sociedad tradicional que diariamente les recordaba sus miserias; allí todos eran iguales porque les unían los complejos, los males, las obsesiones. Así que durante algún tiempo Teresa vivió con relativa felicidad en aquella isla, junto con Teo y los demás apátridas, trasegando extraños licores, cantando (más bien desafinando) en torno a las hogueras y haciendo, de vez en cuando, el amor.

Hasta que llegó el día que todos esperaban, aunque nadie lo reconociera públicamente, y aparecieron unos puntos negros en el horizonte marino y los habitantes de la isla supieron que era ya el tiempo de despertar definitivamente de su efímero sueño.

A las autoridades no les tembló el pulso cuando decidieron enviar a todos aquellos extraños seres a sus lugares de origen y, por tanto, a la cuna de sus miserias. Teo embarcó con rumbo a Londres, donde lo esperaban dos hijas, una mujer y un taller mecánico en franca decadencia. Un coche de la policía abandonó a Teresa delante de su casa, "hasta nuevo aviso". La cantante retirada repitió la aborrecida rutina de abrir el portal, subir las escaleras, entrar en el desolado piso, encender el televisor, desplomarse en la butaca roja, junto al tresillo con las bolsas repletas de verduras podridas y yogures caducados, contemplando la mesa de la cocina y el vaso lleno de llamativas pastillas de colores...

La televisión vomitaba noticias al vacío, palabras que nadie recogería.